

Ser conservador en un país poscomunista

Marcin Król

ALGUNAS CONFESIONES PERSONALES

Antes que nada, debo confesar que no soy un conservador en el sentido político del término y que no me identifico con los que dicen ser políticamente conservadores en la Polonia contemporánea.

En segundo lugar, tengo que subrayar que sólo hay una tradición conservadora de mi gusto, la de Burke, Tocqueville y Oakeshott. No me agrada la que representan Maistre, Metternich, y Scrutton o Buchanan. No me siento en la obligación de explicar las diferencias; si el lector no las ve, no va a aceptar una explicación.

En tercer lugar, me gustaría referir cómo me hice conservador. En breve trataré de describirlo con detalle, pero permítaseme comenzar con algunas anécdotas de mi historia personal. (Los recuerdos son importantes porque nadie nace siendo conservador, progresista, socialista o liberal, y no es habitual que las personas se preparen para adoptar alguna de esas opciones. Las actitudes ideológicas son importantes, pero el instinto, el gusto y el temperamento también tienen papeles relevantes). Para mí, todo comenzó con un encuentro bastante breve y no muy fructífero con «el joven Marx». Tenía dieciocho años y acababa de terminar mi primer año en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Varsovia. Junto a algunos de mis colegas, había sido invitado a una conferencia anual que organizaban los estudiantes y profesores de filosofía en un hotel de las montañas. Como leía alemán, me pidieron que presentara una ponencia sobre un libro que trataba del «joven Marx» y que había escrito un tal Karl Poplitz, y así lo hice. Después de mi presentación, algunos famosos profesores de nuestro departamento (no voy a mencionar sus nombres, porque algunos de ellos son realmente célebres) comenzaron a discutir acaloradamente sobre la importancia que tenía el «joven Marx» para la comprensión de la realidad política y la consecución de «un buen socialismo». En realidad, tanto el libro como el debate eran estúpidos y, aunque yo también lo era, en aquel momento me di cuenta de que el socialismo no estaba hecho para mí.

Uno o dos años después pasé a ser miembro de algo que podría llamarse oposición. Nuestras actividades se desarrollaban en la universidad, publicábamos panfletos, nos reuníamos para debatir asuntos raros, del tipo de si en Yugoslavia había clases o solamente estratos sociales, e intentábamos ocultárselo

todo a la policía secreta. Una vez, fue a mi casa (yo aún vivía con mis padres) una chica de nuestro grupo muy poco agraciada y bastante activa, que se creía una revolucionaria de la Rusia de Nietchayve, y durante una animada charla puso las piernas sobre una mesa del siglo XIX bastante bonita que tenía mi madre. En aquel momento descubrí que las actitudes militantes no eran santo de mi devoción.

Esos eran los años inmediatamente anteriores a 1968. Después de la Guerra de los Seis Días de 1967, un colega se dirigió a mí y me reveló que otro era judío. Le pregunté por qué me decía eso y, como respuesta, me contó una historia completamente desconocida para mí en ese momento, sobre cómo los judíos habían perseguido a los polacos, hasta qué punto antes de la guerra la nación polaca había estado controlada por banqueros y médicos judíos, lo antiquísima que era la tradición católica de nuestro país, y lo mucho que necesitábamos defender nuestra identidad nacional. En la actualidad, ese antiguo colega sigue vivo y creo que es banquero. Pero en ese momento comprendí que el nacionalismo no era para mí.

Puede que al lector le haga gracia, pero aquella no era una situación agradable. En Polonia no había nada con lo que pudiera identificarme. Más tarde, en los años 70, descubrí algunos buenos lugares, uno de ellos *Tygodnik Powszechny*, un semanario católico bastante abierto de miras. En la década de los 60, esta publicación se había dedicado por completo a enfrentarse a los que se oponían a los cambios del Vaticano II, asunto en el que yo no tenía gran interés. De manera que, después de la agitación de 1968, comencé a leer a autores conservadores. También me ayudaron ciertas lecturas relacionadas con mi doctorado. Escribí sobre los jacobinos, pero descubrí que, con algunas excepciones, quienes habían rechazado la revolución eran personas mucho más simpáticas.

Y así llegó la fase final de mi aprendizaje sobre el conservadurismo. Decidí escribir, junto a mi íntimo amigo Wojciech Karpinski, una serie de artículos para *Tygodnik Powszechny* sobre pensadores políticos polacos del siglo XIX. En aquella época, en Polonia se hacía alusión con frecuencia a socialistas e izquierdistas, así que nosotros escribimos principalmente acerca de la tradición liberal y conservadora. Para nuestra sorpresa, a medida que el libro que surgió de esos artículos se fue dando bastante a conocer (ahora me parece un tanto infantil), nosotros ganamos fama de conservadores; probablemente éramos los únicos miembros de esa especie en Polonia. Fue bastante agradable.

El lector podría preguntarse por qué no me hice liberal. La respuesta es relativamente sencilla. En la Polonia de los años 60 y 70, la posición liberal o bien no existía o resultaba suicida, de manera que, en ese período, situarse en ella habría sido una insensatez. Me explicaré mejor.

ENTRE EL SOCIALISMO Y EL NACIONALISMO

Existen varias explicaciones bien conocidas para el hecho de que tanto el pensamiento como las prácticas liberales fueran bastante débiles antes de 1939 en

Polonia (y en gran parte de los demás países de Europea Central y Oriental). El factor que se menciona con más frecuencia es la fragilidad de la clase media dentro de la estructura social. No obstante, este razonamiento, en el que la causa y el efecto son realmente la misma cosa, aunque se les den nombres diferentes para crear la ilusión de que se razona, constituye un error sociológico clásico. Es fácil decir que no había clase media porque no teníamos liberalismo. En el período de preguerra, e incluso al final del siglo XIX, se daban todas las condiciones económicas y sociales necesarias para la creación de una clase media en ciertas partes de Polonia, pero esa clase no surgió. Sí la hubo entre los alemanes de Polonia, pero no entre los polacos, nuestro grupo nacional más numeroso. ¿Por qué? Porque los polacos no querían ser liberales ni tener clase media.

Cuando comparamos dos movimientos modernizadores polacos del siglo XIX nos encontramos una situación habitual. En Cracovia, un grupo de historiadores y políticos denominado «*Stanczycy*» introdujo en el pensamiento polaco conceptos como el de razón de Estado e imperio de la ley, así como la concepción de que las ideas de «Estado» y de «nación» son diferentes. Su influencia fue enorme y prácticamente todos los líderes políticos de la generación siguiente utilizaron su lenguaje político, entre ellos Josef Pilsudski y Roman Dmowski, aunque fueran conservadores radicales. Al mismo tiempo, un grupo de políticos, historiadores y escritores de Varsovia elaboraba un programa de positivismo social, que en la historia contemporánea polaca fue lo que más se acercó al liberalismo. En su opinión, la educación y la modernización eran las vías principales para acceder a la independencia. Aunque en las escuelas polacas todavía se lee a los escritores de este grupo, en la actualidad se suele considerar que sus novelas no son mucho más que emotivos esfuerzos para comprender los sentimientos de los grupos sociales más bajos. Su pensamiento político se rechaza casi por completo y apenas ha tenido influencia, porque Polonia no accedió a la independencia mediante la educación y la modernización, sino por medios militares y diplomáticos. La «nación» y el «Estado» pasaron a convertirse en las ideas importantes. Las de «ciudadano» y «sociedad civil» prácticamente no existían. Por lo tanto, debemos centrar nuestra atención en estos conceptos y en su influencia en el momento presente.

LA NACIÓN, EL ESTADO, LA SOCIEDAD Y LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

No estoy convencido de que «nación», «Estado» y «sociedad» sean los mejores términos para describir la situación actual en Polonia y el desorden de la nueva democracia. Tengo la sensación de que son más adecuadas palabras como «memoria» y «revolución», que tienen connotaciones emocionales más cercanas. En consecuencia, hablaré sobre el proyecto que subyace en las ideas y en los acontecimientos actuales, y no del estado de la cuestión. La cuestión carece de estado; es cambiante, flexible y difusa.

En gran medida, todo depende de cómo interpretemos la «transición a la democracia» que tuvo lugar entre 1989 y 1991. Hay varias escuelas de

pensamiento sobre la materia y, aunque presentan diferencias metodológicas o históricas, todas ellas mantienen estrechas relaciones políticas. Podemos resumirlas de la siguiente manera:

1. En realidad, la transición a la democracia fue un acto mediante el cual la nación se liberó de la opresión. Queda por determinar si ésta era una exterior, interna o una mezcla de ambas. El problema que plantea la denominada *nomenklatura* hace que la decisión tenga importantes consecuencias. ¿Los miembros del Partido Comunista eran agentes de una potencia extranjera o simples oportunistas? ¿Hay que tratarlos como a traidores o como a una plaga sin importancia? Cuanto más hincapié se hace en la opresión de la nación —es decir, cuanto más nacionalista es uno— más duras son las medidas que propone. Ahora mismo, prácticamente el único capital político que posee la derecha nacionalista polaca es el supuesto odio hacia los antiguos comunistas. Es su único punto de encuentro. Y cuánto más débiles son, más gritan en demanda de venganza.

2. La transición a la democracia supone una oportunidad para construir un Estado liberal sólido e independiente. La perspectiva liberal suele subrayar la importancia de las instituciones. Lo que realmente ocurrió fue que se sustituyeron unas malas instituciones (por ejemplo, los tribunales, el parlamento, los bancos) por otras buenas. Una vez que las instituciones son buenas y funcionan, la transformación ha terminado. Es evidente que la sociedad tiene que aprender a utilizar esas buenas instituciones, pero eso ocurrirá tarde o temprano; es algo inevitable. La existencia de un Estado fuerte y eficiente es una condición imprescindible para todo lo demás. Buenos ejemplos de esta tendencia se encuentran en las actitudes de Balcerowicz y del antiguo primer ministro, Bielecki. Desde este punto de vista, la sociedad, aunque va a ser instruida, es más bien una molestia, por la irracionalidad de su comportamiento y de sus emociones.

3. La transición a la democracia supone un enorme esfuerzo para la construcción de una sociedad o, como tantas veces se ha dicho, de una sociedad civil. Para quienes tienen esta actitud, Solidaridad, las actividades clandestinas y los movimientos disidentes de los años 70 y 80 proporcionaron a Polonia un excelente punto de partida en este sentido. Polonia es la única sociedad que puede tener cimientos para el nuevo orden, de manera que hay que prestar mucha atención a la sociedad. El error del gobierno liberal no nace de las malas intenciones (la economía de mercado y todo lo demás), sino de la intención de construir el nuevo orden desde arriba y no desde abajo.

Esta idolatría de la sociedad civil resulta muy valiosa para cualquier admirador de Alexis de Tocqueville, pero la misma debilidad de la sociedad civil polaca la convierte también en algo bastante superficial y demagógico. Lo más curioso es que entre estos partidarios de la sociedad civil se encuentren antiguos comunistas.

Sin embargo, las cosas no son tan sencillas. La idea de nación no es propiedad exclusiva de la derecha y la de sociedad civil tampoco lo es de la izquierda. La importancia de la competencia política no sólo radica en el hecho de plantear objetivos opuestos. También se basa en la existencia de diferentes medios para conseguirlos, y, como sabemos muy bien en Europa por experiencias pasadas, lo trágico es que esos medios pueden resultar más reales que los valores, los ideales y, finalmente, que las ideologías.

La respuesta más evidente es que todos los medios deben utilizarse para levantar con la mayor celeridad posible la democracia política y la economía de libre mercado. Para impulsar una evolución más rápida se podrían combinar la idea nacionalista de la fuerza de la comunidad étnica, la fe liberal en el poder de las instituciones del Estado y la voluntad izquierdista de permitir que la sociedad sea dueña de sí misma. Quizá nos encontremos en una época en la que lo mejor sería proclamar una tregua entre las ideologías y actuar en función de una mezcla de todos los medios admisibles. Es probable que esta fuera la respuesta que diera el presidente Walesa, a quien le gusta decir que se debería dejar que todo el mundo trabajara a su manera por el bien del país.

Sin embargo, lo que puede ser un lema político oportuno, no tiene por qué ser la verdad ni la mejor de las soluciones posibles. Sin duda, la «nación», el «Estado» y la «sociedad» constituyen valores complementarios de los que ningún Estado actual de cuño occidental puede prescindir. Pero todo Estado ha de enfrentarse a dos problemas. En primer lugar, ¿cuáles son sus prioridades? En segundo lugar, ¿cómo puede reaccionar ante posibles tendencias radicales de carácter nacional, estatista y ético? Dicho de otro modo, ¿cómo puede defenderse del nacionalismo, el despotismo ilustrado y el anarquismo?

Una respuesta basada en el mantenimiento de un buen equilibrio es fácil y probablemente suficiente para democracias con una larga tradición, pero es demasiado simple y completamente impropio para unas «nuevas democracias» que no partían de una situación de equilibrio y armonía, sino de una época de agitación. No podemos evitar el problema de las prioridades. Yo no espero resolverlo; sólo quisiera hacer algunas puntualizaciones en torno a las posibles formas de buscar la mejor opción entre soluciones siempre inadecuadas.

Desde que Mazowiecki se convirtió en primer ministro polaco, hemos tenido gobiernos con tendencias liberales y, según demuestran constantemente los sondeos, una opinión pública abrumadoramente liberal. Por lo tanto, parece que se exagera el problema del nacionalismo o que éste no existe. También resulta excesiva la preocupación por unas tendencias izquierdistas ligeramente anarquistas. Entonces, ¿qué es lo que explica la generalizada sensación de miedo y de incertidumbre que reina en la clase política? ¿Se trata sólo de una típica exageración de los intelectuales de centro-izquierda, como señalan los nacionalistas, o es únicamente una tendencia a defender la propia postura, como afirman los socialdemócratas?

El miedo tiene una base sólida. Como indica Bielecki constantemente, en realidad, los gobiernos liberales no pueden seguir su orientación liberal. Sería maravilloso que las buenas instituciones fueran la mejor y la única solución, porque no es tan difícil implantarlas. Se tiene la sensación de que, naturalmente, esto costará algún tiempo, pero cuando tengamos esas instituciones habremos terminado el período de «transición a la democracia» y nos habremos convertido en un sistema democrático normal. Sin embargo, después de un año de las políticas eficientes y extremadamente duras de Balcerowicz, el gobierno liberal ha descubierto que las empresas estatales no pueden ser abandonadas a su suerte con la presunción de que o bien se adaptarán a la economía de mercado o bien se derrumbarán. Su resistencia ha resultado mucho más firme y sus problemas laborales mucho mayores de lo previsto.

Entonces, ¿qué puede hacer un gobierno liberal? ¿Retomar el principio despótico de que debe hacerse cargo de todas las decisiones importantes, o confiar en que el futuro de la economía de mercado llegue realmente, aunque bastante más tarde de lo esperado? La opinión pública puede adaptarse fácilmente a las soluciones despóticas, porque recuerda bien la época del «despotismo ilustrado» y también porque es sencillo depositar todo el peso de la responsabilidad sobre los hombros del gobierno. Sin embargo, éste sabe muy bien que ese camino no le lleva a ninguna parte.

Walesa entiende el ánimo de la población y, a veces, amenaza con poner el asunto en sus propias manos. Sin embargo, también entiende que ya no estamos en la época en la que la economía se dirigía a dedo. No obstante, en los últimos tiempos, la ilusión liberal de una economía de mercado que se gobierna y ajusta sola ha llevado al desastre y al caos, lo cual puede conducir al despotismo. Los polacos se encuentran en una situación extraña frente a su gobierno liberal. Casi todos creen en la prioridad que tiene el Estado, pero casi nadie cree en la eficiencia de sus instituciones. Bien pudiera ser que el siguiente paso fuera una vía de escape anarquista que nos llevara hacia organizaciones informales de tipo mafioso.

Todo ello nos conduce al interesante problema de la creación de una sociedad civil. Hay dos enfoques fundamentales: el de las asociaciones y el de las corporaciones empresariales. Evidentemente, siguiendo la tradición de Tocqueville, yo soy partidario de las asociaciones, ¿pero es ésta la mejor opción para la democracia polaca? Siendo razonables, ¿qué cabe esperar de un ciudadano medio que ha pasado gran parte de su vida en un sistema político que desalentaba la actividad individual? ¿Con qué frecuencia podemos repetir lemas sobre «el bien común»? ¿Qué grado de confianza es posible tener en el espíritu cristiano de la comunidad?

Me temo que no mucho. Puede que las organizaciones corporativas de tipo mafioso, compuestas por familiares, colegas y amigos de éstos sean una solución sensata para el problema que plantea la participación de las personas en el ámbito público. El puro y simple interés egoísta parece ser el mejor punto de partida para que se vaya comprendiendo de forma gradual el bien

común, porque, al contrario de lo que se afirma constantemente en Polonia, aquí nada es normal y, en contra de lo que indicaban las ilusiones entusiastas de pensadores como Hannah Arendt, el pueblo no tiene un interés natural en la política. Pero ¿qué decir de una sociedad civil que sea como una inmensa estructura mafiosa corporativa en la que el gobierno tenga el papel de *capo di tutti capi*? ¿Acaso es el sueño de los nacionalistas? En términos generales, ¿es un proyecto izquierdista o derechista? ¿Es la nación un sueño corporativo?

No estoy seguro. Ya sabemos con qué facilidad se abren las estructuras corporativas en una sociedad libre y cómo cambian gradualmente de forma hasta convertirse, al menos, en semiasociaciones. También sabemos que la Iglesia católica es una de las principales asociaciones corporativas y que, no obstante, su influencia es positiva. Hay que recordar que la Iglesia no es una institución liberal y que, en un país como Polonia, muchas instituciones sólo pueden existir, al menos por el momento, si carecen realmente de inclinaciones liberales. ¿Acaso esto significa que Polonia está condenada a convertirse en un país no liberal? En absoluto. Todo depende del tipo de acuerdos corporativos.

El combate que tendrá lugar durante la próxima década puede observarse ahora, aunque el lenguaje de la polémica aún sea confuso y con frecuencia una misma persona se sitúe en bandos diferentes según sea el ánimo del momento. Pronto se aclararán las cosas y veremos a la sociedad enfrentarse a la nación. Dicho de otro modo, veremos a los individuos luchando con las estructuras colectivas. De todos modos, el individuo «normal» no luchará todavía, sino que lo harán las personas que cada vez son más conscientes de cuáles son sus intereses, primero privados y después comunitarios, en un sentido más amplio (por ejemplo, las carreteras y las escuelas; éstos son los primeros que hay que comprender, porque casi todo el mundo tiene hijos y ha de desplazarse para ir a trabajar).

Para un nacionalista, esta idea tan escueta de los estrictos intereses corporativos tiene demasiado que ver con el individuo y con sus intereses fundamentales y no lo suficiente con los «ideales». Se nos dice que la gente precisa de puntos de referencia más generales; que necesita abrigar valores como la tradición, la nación y la historia de la lucha por la independencia. Estoy de acuerdo con tal aseveración, pero me temo que ese tipo de confusión entre deseos y hechos puede convertirse en una exigencia de coacción; por ejemplo, «A la gente no le interesan las fiestas y canciones patrióticas; por lo tanto, tenemos que hacer que se interesen en ellas. Los niños no quieren escuchar viejas historias sobre las innumerables insurrecciones polacas, de manera que hay que hacer que las aprendan. Pronto tendremos una sociedad muy patriótica y muy motivada».

Evidentemente, esto es ridículo. No ha habido nadie en la historia que haya conseguido convertir a los demás en idealistas y patrióticos. Me inquieta la desaparición casi total de las actitudes patrióticas tradicionales, pero también tengo la sensación de que no se puede hacer nada al respecto. No podemos

ganar la lucha por la democracia intentando imponer a la sociedad la prioridad de la nación. Quizá no tengamos la sociedad civil por la que lucharon los disidentes polacos (y otros de Europa Oriental), pero sí tenemos una sociedad libre, y eso debería bastarnos.

Por lo que respecta al problema de la nación, suelo estar de acuerdo con los que buscan una forma sosegada de aceptar este hecho mientras intentan evitar sus consecuencias desagradables e innecesarias. Sobre el segundo aspecto tenemos mucho que aprender de la Comunidad Europea. Puede que repitamos sus peores ideas. Desde las elecciones presidenciales polacas del otoño de 1990 se ha extendido la sensación de que algunos políticos son europeos y otros no; de que mostrar sentimientos patrióticos o dedicarse más a asuntos locales que universales puede conducir a la xenofobia, el patriotismo, el antisemitismo y todo lo demás. Estoy convencido de que esa forma de dividir a la sociedad —hablar de «dos Polonias», una ilustrada y otra bárbara— no sólo es falsa, sino que también es estúpida y peligrosa.

Con frecuencia, los intelectuales polacos han traicionado a su propia sociedad. Cometieron graves crímenes durante el período estalinista, pero habrán cometido otro de igual gravedad si olvidan que su labor es precisamente hacer propuestas nuevas y aportar un lenguaje novedoso a una sociedad atribulada, y no erigirse en su crítico y su juez. La sociedad no es ni buena ni mala. Está mucho mejor educada y es mucho más emprendedora de que lo nadie hubiera pensado, aunque, al mismo tiempo, no tenga mucho de lo que enorgullecerse. Hay que recordar que el Papa polaco y nuestros premios Nóbel son importantes porque proporcionan al país un orgullo del que está muy necesitado. Puede que nos sintamos un tanto incómodos al movernos entre personas que han olvidado su pasado y no conocen su futuro, pero —hay que decirlo de nuevo— son personas libres.

En los últimos tiempos se ha puesto de moda en Polonia criticar a la Iglesia del país. Estoy de acuerdo en que en los cuatro años anteriores los representantes de la Iglesia han cometido muchos errores y que el comportamiento de esa institución en nuestra cambiante sociedad conlleva problemas importantes, pero discrepo con aquellos que, de repente, consideran que la Iglesia es una reliquia del pasado. Aunque creo que Polonia no es todavía una sociedad democrática moderna, que queda mucho por hacer y que a veces muestra un sentimentalismo bastante infantil, no me agrada que haya personas que antes admiraran a esa sociedad por haber creado Solidaridad y que ahora piensen que es una reliquia del pasado.

CONSERVADURISMO Y MEMORIA NACIONAL

Si uno fuera joven, apuesto, con talento y mentalidad empresarial sería muy agradable ser liberal. Un momento, me falta una condición: sería agradable ser liberal en una sociedad amnésica, compuesta de jóvenes apuestos, con talento y con mentalidad empresarial que no necesitaran ni dinero ni valores (morales, culturales, etc.) que tuvieran raíces o fuentes en el pasado. Como

no cuento con ninguna de esas características y tampoco tengo amnesia recuerdo muchas cosas. Algunas son triviales y otras importantes, al menos para mí.

Cuando viajo por Polonia y observo una casa solariega medio destruida —paredes pintadas de blanco, un pórtico y un típico tejado del país— me imagino inmediatamente a una familia de la pequeña nobleza que envió a sus hijas a un colegio de Varsovia (si tenía suficiente dinero) y a sus hijos a una de las insurrecciones, pasando las veladas en casa rememorando glorias pasadas y bebiendo. Si la casa está siendo reconstruida, inmediatamente sé que la adquirió uno de los apuestos y dotados liberales, y que quiere alardear de ella ante sus amigos. No puedo decir que eche de menos el pasado, pero tampoco que esté contento con el presente.

Al ser historiador, cuando leo en el periódico lo que Walesa tiene que decir y observo qué tipo de debate público se está desarrollando, tampoco puedo decir que prefiera tipos de pensamiento decimonónicos. No obstante, tengo la sensación de que las tres formas modernizadoras de abordar la vida pública —nacionalismo, liberalismo y socialismo— la han corrompido casi por completo. Para mí, el estilo del discurso es tan importante como su contenido. Cuando voy a misa los domingos y escucho el polaco torpe del sermón, aunque comprendo la importancia social que tiene decir misa en los idiomas nacionales en vez de en latín, tengo la sensación de que ha desaparecido parte del misterio que tanto tiene que ver con la fe. Comprendo que la mayoría de los sacerdotes proceden del campesinado, que el polaco es un idioma difícil y que, por tanto, no se puede esperar que ellos lo dominen a la perfección; comprendo que la mayoría de la gente no percibe los malos usos gramaticales ni el estilo torpe porque ellos hablan igual. Pero estoy bastante seguro de que la liturgia tiene algo que ver con lo *sacro*, que es algo que en parte se desvanece cuando recibe un trato similar al de nuestra conducta diaria.

Cuando me encuentro a amigos que conozco desde los años 60 y nos contamos historias de la época «comunista», después de un rato comenzamos a sentirnos incómodos. ¡Qué tiempos aquellos, estábamos tan vivos! Había que tomar decisiones difíciles y enfrentarse a situaciones interesantes y delicadas; hubo momentos en los que compartimos el odio al enemigo, meditaciones de cooperación y, posteriormente, incluso algo llamado Solidaridad. Pero nuestros hijos no quieren escucharlo y nos sentimos un poco ridículos. Se supone que la vida es normal, la política atroz y la economía está aún peor. Se supone que tenemos que trabajar, no recordar.

No hago estas confesiones para conmovir al lector, ni tan siquiera para permitirme cierto agradable sentimentalismo. En realidad, siento que ésta es la única manera de mostrar por qué es necesaria una actitud conservadora para oponerse a la destrucción que ocasionan las fuerzas modernizadoras del nacionalismo, el socialismo y el liberalismo en un país como Polonia. No me refiero al tipo de destrucción que se suele atribuir a estas ideologías (la xenofobia, el patrioterismo y la estupidez en el caso del nacionalismo; el activismo,

el pensamiento utópico y el progresismo en el del socialismo; el relativismo, la permisividad y el pragmatismo en el del liberalismo). Me refiero a la destrucción que crea la simple modernización, es decir, a los rasgos positivos de esas tres ideologías: en el caso del nacionalismo, la socialización de los campesinos; en el de socialismo, la igualdad; en el del liberalismo, el libre mercado como valor primordial.

La modernización es algo inevitable e incluso deseable, pero ¿debo realmente aceptarla entera? ¿Debo también aceptar que sus aspectos desagradables también son inevitables? Creo que no. No espero que toda la sociedad tenga tendencias liberales ni que se comporte con gusto y modales exquisitos. No obstante, sí se puede imponer o, al menos, enseñar cierto buen gusto. Pero, aunque el buen gusto tenga una enorme importancia, la de otras cosas es aún mayor. Tocqueville temía que la democracia fomentara la mediocridad, y tenía razón. Sin embargo, la cultura de masas y otras formas detestables de poder democrático no han destruido ni lo sublime ni lo extraordinario. Del mismo modo, aunque la modernización de un país subdesarrollado como Polonia probablemente tenga que producir un animal liberal de historial nacionalista y restos de mentalidad socialista, no tiene por qué destruir los importantes logros del pasado polaco. No necesita destruir las tradiciones nacionales positivas.

Se pueden adoptar dos actitudes en relación con la madre patria polaca. Se puede considerar que todo lo que procede del pasado es una molestia, un obstáculo, un problema innecesario que se interpone en el camino hacia una sociedad civil, liberal y democrática; tener una patria es importante, pero ésta debe componerse de un pueblo libre y renovado. El otro punto de vista, el que podría llamarse conservador, pretende rescatar todo lo que merece la pena mantener. La patria es importante, pero no se basa en el interés sino en la memoria.

LA PATRIA COMO COMUNIDAD DE LA MEMORIA Y COMO COMUNIDAD DE INTERESES

Hablamos del período 1980-1981 como si Solidaridad fuera algo de hace cien años. Los polacos saben muy bien que a veces las sociedades tienen aventuras increíbles, cuyo resultado es completamente diferente del que esperaban sus líderes o participantes. Desde el punto de vista del éxito político, los levantamientos polacos del siglo XIX carecían de sentido y de objetivos, pero tuvieron repercusiones positivas para la pervivencia de la identidad nacional. No obstante, si los líderes de los levantamientos hubieran sabido desde el principio que sus fines concretos no eran razonables, probablemente no habrían estado tan dispuestos a sacrificar la vida.

De igual importancia para la conciencia polaca fueron los debates sobre el levantamiento de Varsovia. Un año y medio después de la derrota, comenzó un debate en el que algunos intentaron demostrar que la insurrección no había sido razonable e, incluso, que había sido absurda, quizá incluso un crimen que causó la muerte de miles de jóvenes intelectuales polacos. Esta

disputa, formulada de manera trivial y torpe, entre las denominadas tendencias «romántica» y «realista» de la historia polaca, condujo finalmente a un rechazo total de la primera tradición.

Ahora la conciencia polaca constituye una combinación peculiar. Recordamos y repetimos al mismo tiempo pautas de comportamiento procedentes de la tradición romántica: la lucha por la libertad, la lealtad a las tradiciones nacionales, una actitud altruista cuando se piensa en sacrificar vidas por la nación, la idea de que la sociedad nacional constituye una unidad orgánica, el estrecho vínculo entre emociones religiosas y patriotismo, creer que los polacos tienen una relación especial con Dios, y el recuerdo nostálgico de las ocasiones en las que uno podía dedicarse por completo a la lucha o distinguir claramente entre el bien y el mal. A la vez, repetimos ideas producidas en más de cien años de críticas a esta actitud romántica o posromántica: a los polacos les importa más el impacto teatral de su comportamiento público que la eficacia del mismo; demasiada virtud significa poca razón; la de Estado es más importante que la del corazón; la ausencia de apoyo de la clase media e intelectual a las nobles tradiciones dificultó la modernización, y la tendencia al pensamiento colectivista creó individuos con identidades personales débiles e incapaces de pensar con categorías empresariales.

Sobre estos cimientos se crearon dos ideas diferentes de la nación como patria. Para la primera, como escribió Cyprian Norwid, la nación era «el deber común», y me gustaría subrayar tanto la idea de «deber» como su carácter «común». Para la segunda, era como un enorme negocio privado. Ambos conceptos de patria existieron durante la época de la República Popular de Polonia, aunque, por razones evidentes, prevaleciera la romántica, y la perspectiva no cambió hasta que se abusó del sentimiento nacional en 1968. Sin duda, Solidaridad constituyó el esfuerzo más enérgico de la historia para implantar la idea romántica de patria en la vida pública. Pero inmediatamente después de la aprobación de la ley marcial, la tendencia opuesta cobró más fuerza, incluso en las declaraciones públicas de la clandestinidad. Así llegó el desplazamiento hacia el liberalismo.

LIBERALISMO SIN MEMORIA

No pretendo extenderme sobre los matices políticos e ideológicos del liberalismo, pero, en general, éste se basaba en los libros de liberales contemporáneos como Friedrich Hayek, Milton Friedman e Isaiah Berlin, y no atacaba la tradición romántica por dos razones. En primer lugar, habría tenido que criticar las propuestas ideológicas y económicas de Solidaridad, algo que no era moralmente aceptable durante el período de la ley marcial. En segundo lugar, los liberales polacos decidieron librarse de la carga del pasado. No retomaron el debate de dos siglos de antigüedad entre las actitudes románticas y las realistas, sino que trataron de encontrar una posición que estuviera fuera del debate. ¿Es eso posible? ¿Es factible tal posición en Polonia? Por el momento, no lo sabemos, pero sí podemos analizar las consecuencias que tiene en el

ámbito público el «liberalismo sin memoria» y, sobre todo, las relacionadas con el desarrollo de la sociedad civil y de la nueva idea de patria.

Evidentemente, la teoría liberal tiene una visión propia de la sociedad civil. Su desarrollo se produce de forma espontánea; el individuo interesado en el bienestar personal coopera con otros y dicha cooperación produce una especie de contrato social que describe los derechos y deberes del individuo, así como las reglas del Estado, que sirven para evitar o resolver los posibles conflictos. Esa concepción del desarrollo de la sociedad parte del supuesto de que hay mucho tiempo —años y décadas— para ganar experiencia y evitar abordar la realidad desde una actitud «constructivista». A esto Hayek lo denominaba «orden espontáneo», y podemos ver ejemplos del mismo en varias democracias occidentales.

Desde este punto de vista, la memoria, por su carácter irracional y desordenado, constituye un peligroso enemigo. La memoria colectiva también puede proporcionar lo que, para los liberales, son ilusorios datos de la experiencia y, por tanto, crear la sensación también ilusoria de que existe un orden basado en el pasado, antimoderno y desfasado. Desde esta perspectiva liberal, la idea de patria como comunidad de la memoria es antimoderna.

Las cosas no serían tan inquietantes si los liberales pudieran sustituir la idea de patria como comunidad de la memoria por la de patria como comunidad de intereses. Sin embargo, dado el carácter de la ideología liberal, esta sustitución resulta imposible. Esa nueva concepción de la patria ha de desarrollarse de forma espontánea. No puede introducirse desde arriba como si fuera, por el ejemplo, la idea de una comunidad socialista.

¿Qué ocurrirá después de que se rechace la idea de patria como comunidad de la memoria y antes de que el orden espontáneo se convierta en realidad? Se podría dar una respuesta cínica a esta pregunta: entretanto, tenemos la *transición*. No obstante, se puede observar e incluso describir el proceso de transición desde fuera, pero no se puede vivir una transición. Ésta no puede sustituir a la vida pública. ¿Acaso podemos imaginarnos una vida pública carente de las ideas de comunidad o bien común, y sin ninguna noción de patria?

UNA SOCIEDAD SIN PATRIA

Mi respuesta es no; es imposible tener una vida pública sin una idea de patria o, si se quiere dar una contestación menos simplista, la búsqueda de una identidad colectiva siempre continuará, aunque, si no se basa en la memoria, podría terminar encontrando sustitutos que, inevitablemente, serán de peor calidad. Entre ellos, se dispone de formas de nacionalismo primitivas o de varios modelos ideológicos, como son las ideas de descomunización, de Estado religioso, de disolución total de la nación en un nuevo Estado europeo o, para terminar, de revolución, que se supone que posibilita la construcción de un nuevo orden sobre las ruinas del viejo.

Todas estas propuestas tienen algo en común (aquí sólo utilizo ejemplos de la realidad polaca; sin duda, se podrían encontrar más en otros países

poscomunistas). No conducen al desarrollo de la sociedad civil. Ésta es la razón por la que en los países poscomunistas utilizamos con tanta frecuencia palabras como «identidad» e incluso «auto-identidad». Ni el individuo ni la comunidad obtienen de esas propuestas otra cosa que no sea el sentimiento de identidad que ya poseen. Al ser así, ahora podemos observar cómo proliferan las nuevas naciones y los nuevos estados-nación, sobre todo en el territorio de la antigua Unión Soviética. Llegamos incluso a ver naciones y estados (entre ellos la nación polaca) que no cumplen los requisitos fijados en 1918 en Trianón para las nuevas entidades. Los peligrosos perfiles de estas nuevas naciones existen porque no constituyen sociedades civiles en ningún sentido del término.

Precisamente, ésta es la razón por la que Solidaridad fue algo tan especial en nuestra época, y por la que proporcionó una buena oportunidad de renovar la idea de identidad sin asumir riesgos innecesarios. Solidaridad constituyó una sociedad civil positiva en un lapso de tiempo sorprendentemente corto. Sin embargo, en Polonia, la idea de Solidaridad fracasó y, a consecuencia de ese fracaso, la idea de patria como comunidad de la memoria fue rechazada de forma consciente (o, con más frecuencia) inconsciente. Desde este punto de vista, la propuesta liberal carece de contenido, ya que podría conducir a una situación en la que la imaginación colectiva sea víctima de un conjunto azaroso de visiones ideológicas, es decir, de sueños «identitarios».

Éstas son las razones por las que nos encontramos con el sorprendente éxito de quienes pretenden la participación de la Iglesia en el proceso legislativo y de los partidarios del aborto. Éstas son las razones por las que escuchamos tantas propuestas conducentes a la descomunización que no llegan a ponerse en práctica y que con frecuencia se formulan sin calibrar en absoluto sus posibles resultados. Por esas mismas razones, los partidos políticos y agrupaciones no pueden crear programas coherentes. Carecen de ideas sensatas o prácticas sobre lo que es una comunidad. Se supone que sus propias actividades terminarán por crear una, pero tales actividades son como hojas al viento, porque se dirigen a individuos que no tienen una identidad personal dentro de una vida pública carente de memoria, de recuerdo: carente de una patria como comunidad de la memoria. Destruídos finalmente por el fracaso de Solidaridad, todos nos alejamos de los demás y somos incapaces de crear una comunidad estable, en la realidad o en la imaginación.

En consecuencia, esperamos la llegada de propuestas que nos proporcionen una sensación de comunidad sin limitar en modo alguno nuestra libertad individual. No soñamos con una quimera totalitaria, sino que esperamos, sin expresarlo, algún tipo de paternalismo. Pero éste destruiría inmediatamente los logros del liberalismo (sobre todo en el ámbito económico). No obstante, un liberalismo sin memoria y sin patria puede producir la aparición de su propio enemigo, a saber, una idea de memoria y de patria sin liberalismo.

Personalmente, creo que sólo hay una solución: el conservadurismo liberal. Esto significa un liberalismo con buen gusto, un liberalismo que cuente con la memoria de nuestro pasado nacional, un liberalismo que tenga una idea consistente de lo que es nuestra patria. Soy muy consciente de que esta salida no tiene mucha aceptación, que conjuga elementos difíciles de conjugar, pero el placer reside en la complejidad, no en la simplicidad.

Texto publicado en la revista *Social Research*,
Vol. 60, N° 3 (Otoño, 1993) pp. 589-607.

(Traducido por Jesús Cuéllar)